Tres almas

A don Agustín Saavedra
En Chile

REPRESENTABAN en un teatro *Juan José* de Dicenta: el drama fuerte y de impresiones firmes.

Dos viejos rechonchos (que no conocían la obra) poco se preocupaban de ella hablando de sus negocios, de sus infamias, de sus conquistas sobre los pobres.

Pero con la animación del segundo acto, llevaron sus miradas á la escena, y aquellas sentimentales palabras puestas en boca de Juan José—impregnadas en la purísima fuente de la verdad—cayeron en el alma de los dos burgueses como fieros bofetones.

—Yo me voy—dijo levantándose el más viejo.—Estos socialistas llevan hasta al teatro sus patrañas.

—Sí, es cierto—respondió su compañero.—Las mismas tonterías de siempre. Vámonos.

Y los dos viejos rancios abandonaron el teatro, tosiendo con esa tosecita de los enriquecidos á la sombra de una vida de negruras.

En tanto, un joven silencioso que había seguido con atención el hilo de las escenas, no pudiendo contenerse ante el castigo de una sociedad que no mira causas para sus recriminaciones, salió precipitadamente, enjugándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Una estela de miradas siguió los pasos del muchacho y entonces—en cuchicheos—hablaron unas señoritas: ¡qué tonto... de lo que se impresiona!... Como si fuera de verdad lo que están representando!...

G. Sánchez Bonilla

De «Geranios Rojos.»

Yo.....

(Para ti)

Con el efluvio de tus labios rojos
cuyo reir mi corazón alegra,
con el prestigio de tus grandes ojos
voy marchando por una senda negra.
Bajo el ceño fatídico del Sino,
solo, muy solo avanzo hacia la meta,
sin quimeras que halaguen mi destino:
en el alma llevando su silueta,
con los puños abriéndome el camino...!.

Paul Libby